

# MONTE CASSINO

por Anshel FREUND, Londres

(Episodio de mis experiencias de guerra.)

Recuerden, soldados, que tenemos contra nosotros una formación enemiga que es una de las mejores de la Wehrmacht: los paracaidistas. Vuestra tarea es: destruirlos. ¡Tenemos armas buenas y nuevas! Derrotar a los alemanes, vengamos de Varsovia, de Polonia, de la patria – coincidió con nosotros el capitán de la unidad de tanques del cuerpo polaco, que desde hace varios días lidera la gran batalla al pie del Monte Cassino, en Italia.

Nos encontramos en la carretera Nápoles-Roma. A mediados de mayo de 1944, el avance del Segundo Cuerpo Polaco, dirigido por el general Anders, fue retrasado por el Monte Cassino, fuertemente fortificado, de 519 metros. Desde allí, los alemanes gobernaban toda la zona circundante y disparaban continuamente. Las víctimas cayeron allí por miles. Los alemanes también sufrieron graves pérdidas de vida.

... Entramos a los tanques, encendimos los motores y la maquinaria pesada avanzó. Pero no muy lejos. Mientras tanto, la gente tuvo que buscar refugio y camuflarse en un pueblo en ruinas. Esperé.

Desde la montaña nos miraba la iglesia medio quemada. Como los dientes roídos de un esqueleto que se ríe de ti: "Tres mil ingleses no pudieron conmigo, aquí están todos en el suelo, ¿quieres desafiarme?".

Ahora hay silencio por todas partes. La cercana montaña más alta de Monte Cassino, el Monte Cairo, está escondida entre las nubes. Se ve bien sin las flores rojas de amapola, que cubren toda la zona. Pero el área estaba cubierta por algo más: búnkeres alemanes, trincheras, pozos de tiro, puestos de observación, campos minados. Gobernaban aquí, tenían control y poder sobre un área en un radio de 15 kilómetros. A pesar del menor movimiento en el valle o cuesta arriba, pronto se desató un incendio de gran intensidad. Nos escondimos detrás de los tanques, descansamos, nos calmamos, nos aburríamos un poco, fumamos y tomamos una siesta.

De repente se escucha un potente cañoneo. Salimos y vemos cómo nuestra artillería "suavizaba" las posiciones alemanas. Luego recibimos una orden: "*Motory w ruch, naprzód!*" ("¡Enciendan los motores, adelante!").

Los disparos recíprocos no cesan, y nos metemos con los tanques en el mismísimo fuego. Los pesados cuerpos de las máquinas trepan la montaña y disparan. Los proyectiles caen sobre los objetivos, veo a los alemanes heridos salir corriendo de otro búnker, levantando las manos en señal de rendición. Muchos murieron en el interior. Pero por parte polaca no hubo víctimas.

La batalla duró un día entero. Sin embargo, uno de los esfuerzos más amargos y despiadados para superar este importante punto estratégico. Algunos de nuestros tanques

están volcados, desmontados. Las tripulaciones ya no están entre los vivos. Escucho un sonido en la radio: "¡Retírense, rápido, escóndase detrás de una colina con rocas!" Apenas podemos mirar hacia atrás, al lugar designado donde aparecen en el cielo los pesados bombarderos alemanes. Pero son perseguidos por aviones cazadores ingleses. Somos testigos de un combate aéreo. Los aviones americanos vienen en ayuda de los ingleses, que bombardean Monte Cassino. Va con una matanza horrible.

La tarde quedó en silencio. Ambulancias y vehículos sanitarios recogen a los heridos. Salimos de los tanques; queremos respirar un poco de aire fresco.

De repente escuché mi nombre y una pregunta: "¿Sabes hablar alemán?" Un jeep me lleva a un búnker donde se alojaban dos oficiales polacos, un capitán inglés, un escribano y algunos soldados. Los prisioneros de guerra alemanes se sientan en el suelo. El oficial polaco me explicó que como su traductor estaba ausente en otro momento, necesitaban mi ayuda. El primer prisionero de guerra interrogado fue un sargento alemán.

— ¿Has estado en Polonia?

— No!

Miré sus documentos y encontré una nota en su libreta militar que decía que en 1943 pasó sus vacaciones en Gniezno. Le mostré la nota. Tartamudeó y contó que, al regresar del frente ruso, estuvo dos días en Gniezno.

— ¿Por qué mentiste?

— Lo olvidé.

Busqué más en sus artículos y fotografías. Encontré una foto de un gueto con cercas de alambre de púas. Al fondo se puede ver a un judío demacrado y gravemente desmembrado y a niños semidesnudos mirando a través de la barrera.

— "¿Qué es esto?" le pregunto.

— "Un gueto en Polonia", respondió el sargento

— ¿Dónde fotografiaste esto?

— No es mío, me lo ha dado un vecino.

Después de su mentira, intentaba negar su responsabilidad. Y el héroe de anoche cae de rodillas y empieza a gritar espasmódicamente: "¡Soy inocente, soy un soldado!".

No sé qué me pasó entonces. Rápidamente me quité el casco de acero de la cabeza y lo golpeé en la nuca. Cayó cubierto de sangre y yo grité: "¡Nazi, asesino! ¡Yo soy judío! ¡Este es tu fin!".

El capitán me abraza paternalmente. "*Synu, uspokój się*" ("Hijo mío, cálmate"). Caigo en impotencia. Con la mirada fija, miro la foto, a mis hermanos afligidos. Eso ya lo sabía en ese momento. El amargo destino abunda en las cámaras de gas y los crematorios.

Corro afuera. Ahora reina el silencio, sólo el aire huele a batalla, a muertos y heridos. Una ambulancia se

detiene cerca de mí. Escucho un gemido judío desde dentro con palabras: "¡Oh, madre... madre!"... Me acerco al soldado herido, le hablo en yiddish: "Cálmate, cálmate".

En voz baja me cuenta sobre los tripulantes de su tanque fallecidos, todos fueron quemados. Sólo él fue salvo – ¿por cuánto tiempo? Lo consolé diciéndole que para él la

guerra había terminado. El fin de Hitler ya se puede ver, ahora será llevado al hospital, sanado y más tarde habrá que curar las heridas de nuestra nación.

El sacudió la cabeza y dijo en voz baja:

— Tú también vivirás; soportarás la guerra. Adiós...